

# Europa - Estados Unidos: el factor demográfico

ANTONIO ARGANDOÑA\*

Si de una competición deportiva se tratase, la comparación entre Europa y Estados Unidos anunciaría un choque de gigantes. Igualados prácticamente en el tamaño de su producto interior bruto, la Unión Europea ampliada (UE-25) tenía en 2003 un 57% más de población y un 40% más de capacidad exportadora, mientras que Estados Unidos mostraba un 53% más de producto per capita y un «capital militar» considerablemente más elevado. En todo caso, la trayectoria reciente de Norteamérica parece mejor, al menos en términos de tasa de crecimiento, productividad, inversión en nuevas tecnologías, flexibilidad y capacidad de innovación, lo que sugiere que el resultado del partido debería ser favorable a los EE.UU.

---

\* Antonio Argandoña es Profesor Ordinario del Departamento de Economía y titular de la Cátedra Economía y Ética de IESE Business School, Universidad de Navarra, donde es también Director General Asociado. Catedrático de Fundamentos del Análisis Económico (excedente), es Académico de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras y autor de numerosos libros y artículos sobre macroeconomía, economía internacional y economía española.

Pero no nos encontramos ante una competición deportiva, en la que si uno gana, el otro pierde. Y aunque hay razones para que un país trate de elevar la tasa de crecimiento de su producto interior bruto, no todo se reduce a perseguir ese objetivo –del mismo modo que no se puede afirmar que la meta de una persona sea maximizar el nivel o la tasa de crecimiento de sus ingresos.

En este *libro marrón* encontrará el lector varios análisis de ese presunto enfrentamiento entre Europa y Estados Unidos. El objeto de este artículo es más limitado: analizar el efecto probable de la demografía sobre el futuro de ambas regiones económicas en los próximos años. Porque, en todo caso, las variables relacionadas con el crecimiento y estructura de la población van a tener un impacto indudable en el bienestar de sus ciudadanos, en sus oportunidades, retos y amenazas y en sus resultados económicos, sociales y humanos. Y ya podemos adelantar la conclusión de nuestro análisis comparativo: la dimensión demográfica juega contra Europa.

En lo que sigue haré algunas consideraciones sobre la evolución previsible de las principales variables demográficas en Estados Unidos y en la Unión Europea ampliada (UE-25). Se trata de un ejercicio de exploración de lo que puede ocurrir en los próximos 25 y 50 años, sujeto, como es lógico, a márgenes de error elevados. En todo caso, las conclusiones son suficientemente claras como para invitar a una seria reflexión sobre los problemas que, previsiblemente, presentará la evolución de la población en Europa, frente a los de Estados Unidos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Las previsiones que utilizaré son principalmente las del U.S. Census Bureau, que no difieren sustancialmente de otras fuentes solventes, como Eurostat o la División de Población de Naciones Unidas.

El marco global de nuestro análisis es el de un crecimiento de la población mundial que ya se va moderando rápidamente (del 1,23% anual en 2000 al 0,46% en 2050), y el de un envejecimiento generalizado (si la población de más de 65 años representaba en 2000 un 6,9% del total mundial, ese porcentaje llegará al 16,4% en 2050). En todo caso, los cambios que se producen son lentos, y la velocidad e intensidad de los mismos varía considerablemente de un país a otro.

En ese entorno, podemos distinguir cuatro grupos de países: 1) poblaciones muy jóvenes, en que más de la mitad de sus habitantes tiene menos de 20 años, y que muestran elevadas tasas de crecimiento demográfico natural; 2) países jóvenes, en el que la natalidad y la inmigración aseguran un crecimiento positivo; 3) poblaciones moderadamente envejecidas, en que el crecimiento natural es negativo pero en que la inmigración sigue garantizando un crecimiento total positivo, y 4) poblaciones de envejecimiento rápido, en que la demografía está ya en fase de regresión. Pues bien, Estados Unidos pertenece al segundo grupo y seguirá en él en el próximo medio siglo, mientras que Europa está prácticamente en el tercero y avanza rápidamente hacia el cuarto.

Como puede verse en el Cuadro 1, si no ocurre ninguna catástrofe demográfica, se espera que la población de Estados Unidos se incremente en 67 millones de habitantes desde 2000 hasta 2025 y en otros 70 de 2025 a 2050, mientras que la UE-25 crecerá sólo 6 millones hasta 2025 y perderá 31 millones en el cuarto de siglo siguiente<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Las cifras (escenario intermedio) de la División de Población de Naciones Unidas no son muy diferentes: dos millones más hasta 2025 y 23 menos en el siguiente cuarto de siglo.

Esa evolución se debe al comportamiento relativo de la natalidad y de la mortalidad (Cuadro 1). En 2004, según el Census Bureau de Estados Unidos, cinco países de la UE-15 (Alemania, Austria, Grecia, Italia y Suecia) y seis de los recién entrados a la UE (República Checa, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia y Lituania) ya tenían tasas brutas de mortalidad mayores que las de natalidad. Antes de 2010 esto ocurrirá también en Bélgica, España<sup>3</sup> y Portugal, y en los años siguientes le seguirán los demás, de modo que en 2050 sólo Luxemburgo presentará un crecimiento natural (nacidos menos fallecidos) positivo.

La llegada de inmigrantes es un factor de rejuvenecimiento y de crecimiento de la población. Ese fenómeno se ha venido produciendo desde antiguo en Estados Unidos, donde en 2003 el 12,3% de la población legal había nacido fuera del país (según cifras de la OCDE), pero ya está ocurriendo también en algunos países de la UE (en Austria y Alemania, con un 12,5%, y en otros seis países de la UE-15, con más de un 10,0%, con un promedio del 8,5% para 18 países de la UE-25).

No obstante, no cabe esperar que la inmigración llegue a compensar la reducción natural de la población. Primero, porque el número de inmigrantes es limitado (y, según estima la OCDE, harían falta unos 2,2 millones de inmigrantes anuales en la UE-15 para mantener estable el empleo a una tasa del 70% a partir de 2010). Segundo, porque la tasa de natalidad de los

---

<sup>3</sup> El Instituto Nacional de Estadística ofrecía en diciembre de 2004 una proyección mucho más optimista de la población española, con un aumento esperado de 9 millones hasta 2025 y otros 3 entre 2025 y 2050, aplazando el declive hasta 2070.

CUADRO 1  
PREVISIONES DEMOGRÁFICAS

|  | 2000  | 2025  | 2050  |
|--|-------|-------|-------|
| <b>Población (millones)</b>            |       |       |       |
| UE-25                                  | 452,7 | 459,1 | 428,5 |
| Estados Unidos                         | 282,3 | 349,7 | 420,1 |
| <b>Nacidos por 1.000 habitantes</b>    |       |       |       |
| UE-25                                  | 10,5  | 8,9   | 8,9   |
| Estados Unidos                         | 14,4  | 13,6  | 13,5  |
| <b>Mortalidad por 1.000 habitantes</b> |       |       |       |
| UE-25                                  | 9,9   | 11,5  | 14,6  |
| Estados Unidos                         | 8,5   | 8,7   | 9,6   |
| <b>Tasa natural de crecimiento</b>     |       |       |       |
| UE-25                                  | 0,07  | -0,26 | -0,57 |
| Estados Unidos                         | 0,59  | 0,49  | 0,40  |
| <b>Tasa total de crecimiento</b>       |       |       |       |
| UE-25                                  | 0,24  | -0,11 | -0,42 |
| Estados Unidos                         | 0,96  | 0,80  | 0,67  |
| <b>Fertilidad por mujer</b>            |       |       |       |
| UE-25                                  | 1,46  | 1,58  | 1,70  |
| Estados Unidos                         | 2,06  | 2,18  | 2,19  |
| <b>Composición por edades</b>          |       |       |       |
| <b>Hasta 14 años</b>                   |       |       |       |
| UE-25                                  | 17,0  | 14,1  | 13,7  |
| Estados Unidos                         | 21,4  | 19,9  | 19,7  |
| <b>De 15 a 64 años</b>                 |       |       |       |
| UE-25                                  | 67,2  | 63,3  | 57,0  |
| Estados Unidos                         | 66,2  | 61,9  | 59,7  |
| <b>65 y más años</b>                   |       |       |       |
| UE-25                                  | 15,8  | 22,5  | 29,3  |
| Estados Unidos                         | 12,4  | 18,2  | 20,6  |
| <b>Edad media</b>                      |       |       |       |
| UE-25                                  | 38,2  | 45,6  | 48,4  |
| Estados Unidos                         | 35,3  | 38,5  | 39,1  |

*Fuente:* U.S. Census Bureau, actualización septiembre 2004.

inmigrantes tiende a reducirse cuando llegan a Europa. Tercero, porque la tasa de empleo de ese colectivo sigue siendo inferior a la de los nativos (54,1% en 2000 para la UE-25, frente a 68,8% de los nacidos en Europa), de modo que su contribución a la creación de producto y renta es, al menos por un tiempo, limitada. Y, finalmente, porque los inmigrantes contribuyen a la solución de los problemas del país de destino cuando se integran en él, cultural y laboralmente, y la experiencia reciente muestra que no faltan problemas de integración en nuestro continente. En todo caso, las migraciones de las últimas décadas, incluso las más intensas, han afectado muy marginalmente a la población de las naciones<sup>4</sup> –aunque sus efectos acumulados pueden llegar a ser importantes, sobre todo transformando su estructura étnica y cultural.

Si bien la llegada de inmigrantes compensará, al menos parcialmente, la tendencia natural al decrecimiento de la población, el U.S. Census Bureau estima que en 2050 sólo dos países de la UE-25, Luxemburgo e Irlanda<sup>5</sup>, presentarán tasas positivas de crecimiento de la población, incluyendo las causas naturales y la llegada de inmigrantes –aunque las estimaciones de inmigración de esa oficina son bastante conservadoras.

Como se puede ver en el Cuadro 1, se espera que la natalidad siga cayendo en Europa Occidental, debido sobre todo a la evolución de la fertilidad, que ya es inferior a la tasa mínima de reproducción (2,1 hijos por mujer) en todos los países de la UE-25,

---

<sup>4</sup> El INE estimaba que en 2001 los nacidos fuera de España representaban sólo el 3,8% de la población total.

<sup>5</sup> La División de Población de Naciones Unidas añadía en este grupo al Reino Unido.

y que no se espera supere esa cifra mínima en los próximos 50 años, a diferencia de Estados Unidos, que se mantendrá por encima de 2,1 hijos por mujer durante casi todo el periodo. Los supuestos sobre evolución esperada de la fertilidad suelen ser bastante simplistas, pero, a la vista de la evolución reciente, parecen también realistas.

En todo caso, las estimaciones de evolución de la población suponen que se producirá una recuperación parcial de la fertilidad en muchos países de la UE-25, debido a las medidas que los gobiernos han tomado o pueden tomar en el futuro para promover un aumento de la natalidad –o, simplemente, porque se supone que cifras tan bajas como las de España e Italia (1,24 hijos por mujer en 2000) son sencillamente insostenibles. No obstante, este cambio puede no producirse, debido a lo que el demógrafo belga Ron Lesthaeghe llama «la segunda transición demográfica» y el francés Jean-Claude Chesnais califica de «transición a una sociedad autística»: la caída de las uniones maritales estables, que se supone son las que están en mejores condiciones para criar un mayor número de hijos. En efecto, la probabilidad de que una mujer se case y llegue casada a los cincuenta años es sólo del 40% en Portugal, del 22% en Bélgica y de menos del 20% en Estonia. Y en un entorno de familias monoparentales, condicionales o temporales, la probabilidad de un aumento sustancial en el número de hijos es muy baja, aun con generosas ayudas estatales, sobre todo si, además, se espera un aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral.

La consecuencia de todo lo anterior es un progresivo envejecimiento de la población que, como muestra el Cuadro 1, será

mucho más importante en Europa que en Estados Unidos. La edad media de los europeos de la UE-25 aumentará en 7 años hasta 2025 y en otros 3 años hasta 2050, y la de los estadounidenses en 3 y 4 años.

Esto tendrá principalmente dos consecuencias inmediatas. La primera es la reducción (no transitoria, sino duradera) de la población en edad de trabajar, desde principios de la próxima década —la UE-25 perderá 13 millones de ciudadanos de 15 a 64 años hasta 2025 y otros 47 millones hasta 2050, frente a aumentos de 30 y 34 millones en Estados Unidos.

La otra consecuencia es el aumento de la tasa de dependencia. La proporción de jóvenes menores de 15 años sobre la población en edad de trabajar oscilará alrededor del 24 en todo el periodo en la UE-25, y del 32% en Estados Unidos, pero la proporción de mayores de 65 años sobre la población en edad de trabajar pasará en la UE-25 del 24% en 2000 al 35% en 2025 y al 52% en 2050, frente a porcentajes del 19%, 29% y 35% en Estados Unidos en los mismos años.

Estos efectos demográficos se suman a otros, de carácter principalmente institucional, que actúan ya en el mercado de trabajo. Entre ellos mencionaremos tres:

- 1) Una tasa de actividad más baja en Europa: los 19 países de la UE-25 para los que da cifras el *OECD Employment Outlook 2004* muestran una proporción entre población activa (empleados más desempleados) sobre población en edad de trabajar (de 15 a 64 años) del 69,4% en 2003, frente al 75,8% de Estados Unidos (sólo cuatro países europeos muestran un porcentaje más elevado que el norteamericano).

- 2) Un menor número de horas trabajadas al año en Europa: 1601 en 18 de los principales países de la UE-25 en 2003, frente a 1792 en Estados Unidos, según la misma publicación de la OCDE (sólo 5 de esos 18 países europeos, a saber, la República Checa, la República Eslovaca, España, Grecia y Polonia, superan a Estados Unidos en número de horas trabajadas). Además, el número medio de horas trabajadas ha decrecido en Europa desde 1970, mientras que ha aumentado en Estados Unidos.
- 3) El adelanto de la edad de jubilación, mucho más marcado en Europa que en Norteamérica: la edad media de retiro en 1965-70 era de 65,4 años en Francia, 65 en Alemania y 67,4 en Estados Unidos, y ha caído a 59,3 años en Francia y 60,5 en Alemania, pero sólo a 65,1 en Estados Unidos. En 1998, casi el 60% de los varones franceses de 55 a 64 años y más del 60% de los belgas de la misma edad estaban fuera del mercado de trabajo.

La conclusión de todo lo anterior es que tanto Europa como Estados Unidos están experimentando ya un progresivo envejecimiento de su población, pero el impacto del cambio demográfico sobre la primera es mucho más importante —y seguirá siéndolo en las próximas décadas. Según el Census Bureau norteamericano, el crecimiento natural de la UE-25 será negativo desde alrededor de 2010 (en los nuevos socios de Europa central y oriental lo es ya en estos momentos), y el crecimiento total, incluido el efecto de la inmigración, lo será desde alrededor de 2020, mientras que Estados Unidos seguirá aumentando su población, tanto por medios naturales como por la inmigración,

durante los próximos cincuenta años — salvo que ocurra una catástrofe demográfica.

Las consecuencias económicas de todo lo anterior son previsibles. La reducción de la población de 15 a 64 años acabará llevando consigo un crecimiento negativo de la oferta de trabajo y, por tanto, una contribución cada vez menor, e incluso negativa, a la tasa de crecimiento del PIB, en cuanto que esta resulta de la suma de las tasas de crecimiento del empleo y de la productividad por persona ocupada<sup>6</sup>. Además, es previsible que la menor oferta de trabajo genere crecimientos salariales mayores si, como se ha dicho, la inmigración no es suficiente para compensar el decrecimiento natural de la población.

El crecimiento del producto depende también, como hemos indicado, del comportamiento de la productividad del trabajo, gracias principalmente al progreso tecnológico (alentado, quizás, por el mayor coste de la mano de obra) y a la mejora del capital humano y de los progresos organizativos. No obstante, hay también motivos para pensar que una población europea envejecida, con cargas fiscales elevadas (como veremos más adelante) y con un bajo dinamismo en la creación de empleo y en el espíritu emprendedor, no sea capaz de promover las innovaciones necesarias para conseguir ese crecimiento de la productividad. No se puede ignorar, pues, la posibilidad de un escenario de bajo crecimiento económico a largo plazo en Europa.

---

<sup>6</sup> Eurostat estima que, bajo supuestos optimistas sobre la tasa de empleo (llegando al 70% de la población en edad de trabajar en 2010 y al 75% en 2020), el crecimiento de la ocupación sólo contribuiría en un 0,5% anual al crecimiento del producto en la década de 2010, y restaría un 0,6% en la de 2020 (y un porcentaje mayor en los años siguientes).

El modelo europeo de pensiones de jubilación, basado en un sistema contributivo de seguridad social, incurrirá en gastos crecientes, por el aumento del número de jubilados y por el alargamiento de la vida esperada, sobre todo si no va acompañado por un retraso en la edad de retiro y/o una reducción de la cuantía de las pensiones. También crecerán los gastos sanitarios, por el aumento del número de jubilados y el alargamiento de su vida (se considera que el gasto en salud de una persona de 65 a 80 años es el doble que el de una de 15 a 64 años, y que el de una de más de 80 años es el triple), así como por la tendencia al crecimiento del coste sanitario. Y si tenemos en cuenta que el número de personas en edad de trabajar que deberá sostener aquella población jubilada se reducirá en Europa, podemos anticipar un fuerte impacto negativo del envejecimiento de la población sobre las cuentas públicas.

Parte de ese problema se puede paliar mediante la extensión de los sistemas privados de pensiones. Sin embargo, si se confirma el entorno de bajo crecimiento y limitada capacidad innovadora, no es seguro que el rendimiento del mercado de capitales sea tan elevado como pueden esperar los propietarios de planes privados de pensiones —un efecto que también puede producirse en Estados Unidos, pero en menor cuantía. Sin embargo, en una economía muy abierta, como es la europea, los fondos podrán proceder de otros países. Pero esto significará que la propiedad del capital financiero y productivo de Europa, ahora en manos de europeos, se irá trasladando, paulatinamente, a ciudadanos de otros países, empezando por los inmigrantes.

Si la población envejece, es probable que la tasa de ahorro se reduzca. Fruto de ello puede ser el cambio de signo en los

excedentes por cuenta corriente en Europa, de modo que su balanza financiera será cada vez menos excedentaria, al tiempo que su riqueza se irá transfiriendo a otros países. Si el flujo de ahorro del resto del mundo a Europa es suficientemente alto, el coste de capital no tiene porqué crecer, como consecuencia de aquel menor ahorro —también porque es probable que la demanda de inversión se modere—, aunque el aumento del gasto en pensiones y salud y la reducción de la capacidad recaudatoria ligada al menor crecimiento de la población en edad de trabajar pueden presionar también al alza los tipos de interés.

Con un poco de imaginación, podemos diseñar escenarios más o menos creíbles para el futuro demográfico y económico de Europa: cambios en la distribución de la renta y del patrimonio (familias ricas con fuentes de riqueza diversificadas que llegan holgadamente a la vejez, y familias pobres dependientes de las pensiones públicas y con dificultades financieras), en la composición del consumo, en el poder político y económico, en la estructura étnica y cultural de las naciones, en las presiones sobre el medioambiente, etc. Pero, en conjunto, se trata de escenarios poco prometedores. En todo caso, se trata de cambios muy probables, porque los movimientos demográficos arrastran inercias muy duraderas.

El panorama demográfico no es, pues, halagüeño para Europa, al menos en comparación con Estados Unidos, y menos aún con las naciones jóvenes. Se trata, en todo caso, de una crisis anunciada y conocida en las variables principales, aunque aún rodeada de incertidumbres (como las referentes al progreso tecnológico y el crecimiento de la productividad, las innovaciones

organizativas, los cambios en la edad de jubilación y en la tasa de actividad y de empleo, etc., además de las inherentes a toda proyección demográfica a largo plazo).

Pero no tiene porqué ser una crisis fatal. Afirmar que una playa, ahora ocupada por familias merendando, quedará cubierta por el mar dentro de unas horas, cuando suba la marea, no significa que todas esas familias vayan a morir ahogadas. Pero tendrán que hacer algo. Del mismo modo, Europa tendrá que tomarse en reto el reto demográfico, lo cual exigirá cambios, muchos de ellos dolorosos, pero, en todo caso, necesarios. Y, sobre todo, deberá afrontar con ingenio los retos que supone esa transformación.